

Existir después de la cárcel: autoetnografía de una intervención con jóvenes privados de su libertad en Jalisco

MÓNICA ROJAS MEDINA, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, México

ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-9778-3138>

DOI: 10.33255/26181800/2308

Resumen

Esta autoetnografía relata mi experiencia en el trabajo de intervención en el Centro de Observación, Clasificación y Diagnóstico de Jalisco (COCYDEJ) con jóvenes varones privados de su libertad. Es una aproximación crítica y metodológica en donde reflexiono sobre vínculos comunitarios y sus implicaciones en mi proceso profesional y personal. Partiendo de metodologías como la ética del dolor y la mediación artística, que generaron espacios de escucha, donde abordamos la violencia experimentada y las masculinidades dentro y fuera de un contexto de encierro. La comida emergió como un punto de encuentro para narrar memorias e identidades, consolidando un recetario colectivo. Este trabajo resalta la urgencia de enfoques de cuidado que procuren el bienestar de quienes acompañamos y quienes habitan estos lugares.

PALABRAS CLAVE: vínculos comunitarios, privación de la libertad, ética de cuidados

Para citación de este artículo: Rojas Medina, M. (2025). Existir después de la cárcel: Autoetnografía de una intervención con jóvenes privados de su libertad en Jalisco. *Utopías. Segunda época*, 4, P. 1-10. DOI: 10.33255/26181800/2308.

Existing after prison: Autoethnography of an intervention with young people deprived of their liberty in Jalisco

Abstract

This autoethnography recounts my experience working as an interventionist at Jalisco Center for Observation, Classification, and Diagnosis (COCYDEJ) with young men deprived of their liberty. It is a critical and methodological approach in which I reflect on community ties and their implications in my personal and professional journey. I draw on methodologies such as pain ethics and artistic mediation, which generated a listening space, where we addressed experienced violence and masculinities within and outside of a context of confinement. Food emerged as a meeting point for narrating memories and identities, consolidating a collective recipe book. This work highlights the urgency of care approaches that promote the well-being of both the people that accompany them and the ones that inhabit these places.

KEYWORDS: community ties, deprivation of liberty, ethics of care

Introducción

El objetivo de este texto es reflejar mi sentir alrededor de la experiencia compartida a lo largo de un año tanto con mi equipo como con los jóvenes privados de su libertad en el Centro de Observación, Clasificación y Diagnóstico del estado de Jalisco (COCYDEJ). De la misma manera, plasmar algunas reflexiones respecto a la intervención.

Esta experiencia parte del estudiar y convivir dentro de una institución total, definida por Goffman (2012) como un lugar donde se rompen barreras separando lo ordinario de la vida. Donde la vida se desarrolla bajo una autoridad única, cada actividad se realiza con otros bajo normas y horarios estrictos y todos siguen el mismo trato y hacen lo mismo juntos. En este caso, la institución total en la que llevamos a cabo una intervención basada en la psicología social, las metodologías participativas y la educación popular fue el centro penitenciario previamente mencionado, COCYDEJ.

Nuestra intervención partió de cuestionar la forma y la efectividad de los centros penitenciarios, indagar en las prácticas que se llevan a cabo ahí adentro y cómo esto reproduce ciertos discursos de poder y opresión que continúan perpetuando la

injusticia social, dándonos cuenta al mismo tiempo de la población precarizada que es la que habita estos lugares. De manera que podamos dar cuenta de estos fenómenos sociales que sostienen estas prácticas, generando así nuevas formas de frenar estos discursos punitivos y dar paso a nuevas iniciativas para abordar la violencia en este territorio en conflicto que es Jalisco.

Para plantear mis reflexiones, parto desde mi perspectiva como mujer joven de 23 años, feminista, psicóloga, durante mi periodo como estudiante de una universidad privada en Jalisco. Y desde la postura de Ahmed (2015) sobre la ética del dolor, en donde se responde desde esta apertura al dolor del otrx, dando la oportunidad de «verse afectada por aquello que una no puede conocer o sentir» (p. 63). Brindando un espacio de escucha en donde aquellas memorias registradas en el cuerpo como heridas ocasionadas por la violencia puedan ser acuerpadas en grupo, siendo testigos y validando lo que lxs otrxs han experimentado.

Primeros pasos

Comenzar el camino de preparación para asistir a COCYDEJ fue una de las experiencias más gratas y desesperanzadoras que han sido parte de mi proceso. Aunque ya tenía varios meses leyendo sobre el contexto violento en que existimos, como previamente menciono, reconociendo a Jalisco como un territorio en conflicto.

Creo que nada me hubiera preparado para el impacto que tendría en mi forma de ver el mundo la lectura de Foucault. En una institución como lo es un centro de reinserción, resulta especialmente evidente el papel que juegan el poder y la vigilancia en la vida diaria. Se reconocen las relaciones jerárquicas tan marcadas en las que conviven no solo los jóvenes, sino los funcionarios de la institución.

En este contexto, pude observar lo que Foucault (1975) describe como relaciones de poder piramidales, que se establecen por medio de roles jerárquicos específicos, determinados según los rangos asignados a cada función. Estos roles configuran relaciones operatorias que sostienen el funcionamiento del lugar. Estos funcionan como herramienta de control mediante el cual los individuos están en constante vigilancia, no solo por el personal, sino también por sus compañeros.

Dentro de la institución se vigila cada una de sus acciones, convirtiéndolos en sujetos de constante calificación, lo que termina por definir su posición en la pirámide relacional. La regulación es tan minuciosa que existe un reglamento que organiza cada minuto de su día, permitiendo que el tiempo penetre en el cuerpo y vuelva cada acción eficaz y rápida. De este modo se busca evitar la ociosidad —principio de la no

ociosidad—, que se encarga de extraer cada instante del individuo para volverlo cada vez más útil. Una vez que la persona se acostumbra y tiene un mayor entendimiento del proceso, comienza a realizar estas actividades de forma automática, permitiendo al poder ejercer «posibilidad de un control detallado y de una intervención puntual en cada momento del tiempo» (Foucault, 1975, p.161).

No solo es controlada cada una de las actividades que se realizan; también las relaciones que se establecen son estrictamente reguladas en favor de prevenir lo que Foucault (1975) llama «coagulación inutilizable y peligrosa» (p. 143). Esto se adhiera a su planteamiento sobre la vigilancia: mientras mayor intensidad y discreción, mayor será la eficacia y el valor preventivo. Así la visibilidad se convierte en una trampa incluso entre pares, quienes terminan incorporándose al sistema de control, reportando cualquier falta que observen en los demás.

El análisis de Foucault sobre las estructuras de poder y cómo la vigilancia y el castigo funcionan como mecanismos de control me llevó a analizar profundamente no solo la manera en la que se reflejaba en estructuras jerárquicas como el gobierno, sino la manera en la que yo he estado reproduciendo estos discursos. Esto movió la forma en la que observaba desde el espacio físico, hasta las interacciones, llevándome a una introspección profunda de la forma en la que se desarrolla mi contexto.

Esta inmersión teórica me llevó en un recorrido ampliamente triste y desalentador que a lo largo de los meses fui convirtiendo en coraje. Considero que este coraje ha funcionado como lo que Gloss (2022) nombra una emoción movilizadora, que me permitió encontrar alternativas a mi intervención profesional. El coraje me ha movido a hacer más e involucrarme y preocuparme en formas muy distintas por lxs otrxs. Este coraje, muchas veces arraigado ya como dolor, es algo que he ido desenvolviendo con el tiempo junto a mi terapeuta como una estrategia de autocuidado, ayudándome a moldearlo en acciones, dejando salir ese dolor del cuerpo.

Es en este recorrido que comencé a reconocer la importancia de mantener esta ética del dolor (Ahmed, 2015), a la que me refiero al principio, de forma que pueda cuidarme y cuidar al otrx, experimentando su dolor, viéndome afectada por el mismo, pero sin volverlo propio. Para mí, el sacarlo del cuerpo fue un acto de respeto y una reivindicación de estos sentimientos a indignación, dando espacio a la iniciativa y las ganas de luchar por algo mejor, dejando claro al mismo tiempo el límite de no adueñarse de algo que no es mío.

Fue muy importante para mí, al momento de construir los talleres, escoger una metodología que les diera libertad a los participantes de moldear el taller. Fue difícil para mí hacer la planeación previa a conocer a los jóvenes y sus intereses, de manera que, como medida de respeto, acordamos como equipo establecer una estructura

del taller, dando espacio para el diálogo de la experiencia, dejar salir relatos de su memoria o desde su creatividad. Sin establecer un tema, dejando que ellos llevaran el diálogo, el ritmo y en general el taller.

Es por esto que tomamos el enfoque de la mediación artística definida por la Asociación Profesional de Mediación Artística (2017) como una forma de brindar apoyo en los procesos creativos de individuos, grupos y comunidades, de manera que se fomente la inclusión social, el desarrollo comunitario, potenciando la salud, el bienestar y la cultura de la paz. Busca promover procesos de transformación a través de las artes. Esta metodología permitió en nuestros talleres brindar desde el arte la opción de compartir por diferentes medios, dando esta posibilidad de comunicar desde donde cada uno se sentía cómodo. El arte en estos espacios podía funcionar como un medio por el cual exteriorizar, sobrellevar, analizar, procesar, resignificar aquellas situaciones en las que se ve afectada por la violencia ejercida sobre los cuerpos (Bautista Santos, 2018), pues la práctica del arte permite compartir o dar a conocer lo que no puede ser expresado verbalmente (Moreno, 2016).

La vivencia en campo

Llegar por primera vez a la cárcel fue para mí un proceso de comprender la realidad del sistema penitenciario en México. Fue relevante para mí ir viendo la forma en la que se presentaban las estructuras de poder, las jerarquías, los malos tratos, la infraestructura, la complejidad de la burocracia, entre otras cosas.

Entrar al lugar y comenzar a escuchar a los jóvenes continuó por alimentar la desesperación con la que estaba existiendo tras la contextualización teórica. Esto me movió a incluir como parte de los objetivos el volver nuestro taller ese espacio seguro donde si hubiera escucha y pudieran tomar decisiones. Así mismo, se volvió relevante para mí el crear un entorno de apoyo colectivo, algún tipo de comunidad, donde existiera esta confianza que diera pie a este espacio seguro para compartir.

Una de las tareas más complicadas para mí dentro del campo fue poder comenzar a establecer vínculos para esta comunidad, manteniendo al mismo tiempo límites claros de respeto. Al tomar en cuenta mi posicionamiento como tallerista y como psicóloga, entendía las responsabilidades y límites a los que tenía que adherirme. Sin embargo, la forma que le di al vínculo con los jóvenes fue el producto de un diálogo conmigo sobre la forma en la que me quería presentar, lo que quería compartir, los sentimientos que decidí involucrar, entre muchas otras cosas con las que me veía implicada.

Al mismo tiempo, mi trabajo en campo se vio atravesado por este desgaste emocional al que nos sometimos al introducirnos en un espacio físico tan hostil como lo es esta institución total. Así mismo, el vernos involucradas en una escucha activa en la que se hacían presentes testimonios complejos que involucraban temas difíciles como la injusticia social y la violencia, volvió el trabajo en campo un espacio complicado de llevar, entender y sostener.

El diálogo en el taller

Dentro del taller, nos dimos cuenta de que los jóvenes guiaban la conversación hacia temas muy específicos. Uno de los principales fue este anhelo de normalidad que encontraban en la comida. La comida se volvió un punto en común de donde partíamos para discutir muchas cosas. Desde la comida hablábamos de la familia, de la violencia institucional, de lo que había sido vivir en su barrio, de lo que más extrañaban, sus metas y deseos. «El arte permite hablar metafóricamente de sus realidades» (Moreno, 2016, p. 121). En este caso, su realidad era representada atravesada por este deseo de volver a ser lo que antes eran.

Al poner en común sus experiencias, los jóvenes encontraron que hay creencias que comparten y los ayudan a llevar la vida. Este compartir lo experimentado, muchas veces desde el dolor, ayudó a reconfigurar el grupo a un lazo comunitario, algún tipo de comunidad emocional, donde, como explican Macleod y Bastián Duarte (2019) estos lazos ayudan a desafiar el silencio ante la violencia, creando símbolos a partir de la diferencia. Cuando el dolor se comparte en comunidad, la figura del testigo y la fuerza de la memoria tienen efectos en el otro, ayudando a salir de su aislamiento. Al compartir el sufrimiento, se da una sensación de acercamiento a la justicia, algún tipo de ética restaurativa (Macleod y Bastián Duarte, 2019).

Fue muy importante para nosotrxs encontrar algo que compartiéramos, de donde pudiéramos iniciar conversaciones difíciles que tocaban lo más profundo de nuestra persona. Es por esto que la comida se volvió el tema de nuestra revista colaborativa, creando un recetario que pudiera dar cuenta de lo que habíamos vivido estas últimas 16 sesiones juntxs (2 fases de 8 sesiones cada una). Este recetario fue una forma de plasmar esa memoria colectiva compartida entre el 19 de septiembre del 2023 al 9 de abril del 2024.

Otro tema que se volvió importante durante nuestro taller fue la vivencia de la masculinidad. Nos dimos cuenta de que mucho de lo que sale al crear desde el arte es la forma en la que se vive la masculinidad. Los jóvenes comenzaron a compartir

desde su punto lo que era un hombre, lo que sacó frecuentemente al tema la violencia recibida, ejercida y pensada. Constantemente salieron a tema las jerarquías con las que se maneja la masculinidad en la cárcel, volviendo un reto el manejo del grupo de manera que se continuara respetando el espacio seguro y la comunidad creada. Creemos que el tema fue recurrente debido al componente liberador del arte; Moreno (2016) habla de cómo, por medio de la creación artística, puede salir lo que estaba guardado, todo aquello que se ha reprimido. Dado que la represión juega un papel muy importante en la masculinidad, el arte se volvió esa vía sutil por medio de la cual hablar al respecto.

Debido al tema recurrente de las masculinidades, fue fundamental para nosotras comprender textos como el de Parrini (2007), quien menciona este régimen machista que existe en la cárcel, en el que se hace distinción entre varones y maricones. Tomando como maricón o puto todo aquello que sale del ideal de la masculinidad hegemónica. El tema de las masculinidades nos llevó a una revisión aún más extensiva sobre la forma en la que se veía implicada la masculinidad con la expresión, terminando en textos como el de Gutiérrez (2020) quien detalla un poco más cómo los jóvenes varones suelen presentar dificultades para expresarse, práctica que deriva de una cultura que enseña que los hombres no deben explorar sus necesidades emocionales.

Así mismo, textos como el de Moreno (2016) nos ayudaron a comprender cómo la expresión creativa brinda un espacio para los jóvenes donde pueden compartir sin ser señalados, una mirada no estigmatizadora, permitiendo contactar con lo reprimido, brindando formas sutiles de dialogarlo. Esto ayudó a continuar orientando nuestro taller a esta forma de simbolización por medio del arte, lo que permitió indagar más en el tema.

En la misma línea, Gutiérrez (2020) comenta que esta represión característica de la masculinidad termina en tensión emocional, cuya única vía aceptable para liberarla es la violencia. Así mismo, relaciona esta tensión emocional al crimen, cuyos métodos parecen atractivos a los hombres cuyas necesidades emocionales y afectivas se han visto limitadas. Es por eso que en el diálogo con los jóvenes y al hablar de su pasado, fue común que salieran estas dinámicas en las que se manejaban cosas que al final identificamos como las jerarquías de la masculinidad.

Por último, creo importante rescatar que los jóvenes decidieron traer al tema la frecuencia y la intensidad con la que se presentaba la muerte en su contexto, llevándonos a indagar en temas como la necropolítica. Los mismos jóvenes fueron ejemplificando esta forma en la que el capitalismo toma el control sobre las vidas, dictando hasta el lugar en donde descansan los cuerpos. Sobre esto también compartieron las

formas de sobrellevar la muerte, como la creencia en la Santa Muerte y San Judas. Esto para mí fue una forma muy dura de escuchar lo que habíamos leído en esta contextualización teórica desde Valencia (2016), quien explica el sincretismo religioso como una forma de lidiar con la constante presencia de la muerte, con la presión ante su cercanía, así como de este fruto del capitalismo que los jóvenes identifican como una diferencia hasta en el entierro.

Algunas reflexiones finales

Aunque inicialmente, este texto pretendía ser una reflexión metodológica, la misma escritura me fue guiando a una profundización de la conversación y el conocimiento construido en conjunto. De aquí parte mi agradecimiento a la educación popular que me brindó una forma de intervenir con la que me siento cómoda, en la que puedo construir junto con lxs otrxs, disminuyendo las jerarquías, buscando una aproximación a la horizontalidad de las relaciones en el taller.

El crear con los jóvenes y no desde los jóvenes volvió para mí la intervención un asunto más humano y ético y me recordó mucho el texto de Harding (2004), en donde mencionaba el investigar desde abajo como una deuda la investigación para darle valor político a esta población oprimida, porque lo académico tiene mucho peso en el mundo. El investigar desde abajo se vuelve una forma de devolverle a las personas con las que se construye el conocimiento, quitando el poder de las instituciones que sirven únicamente a lxs de arriba desde arriba. Esta intervención en el centro penitenciario me recordó mi responsabilidad como psicóloga creadora de contenido académico de reconocer mi papel en la reproducción de las relaciones de poder dentro y fuera de la academia, por lo que el crear conocimiento en conjunto se volvió una prioridad y compromiso con lxs otrxs, con cada uno de esos 10 jóvenes entre 14 y 23 años, que decidieron compartir su vida conmigo.

Por último, pero no menos importante, quiero reconocer el reto que fue para mí el desarrollar mejores habilidades de comunicación para trabajar en compartir con los jóvenes, pero sobre todo para trabajar con mi equipo. Reconozco que la mediación de las relaciones dentro del equipo fue un trabajo complicado que logramos únicamente al darnos la oportunidad de poner nuestros sentimientos sobre la mesa. Logramos reconocer que debíamos darnos la misma oportunidad de expresar nuestro sentir que le estábamos pidiendo a los jóvenes. Aunque en varias ocasiones necesitamos la intervención de un tercero para llegar a acuerdos, con el paso del tiempo logramos consolidar una mejor relación, creando un espacio de comunicación también entre

nosotras donde pudiéramos reconocer las fortalezas y debilidades de cada una, de manera que dividiéramos mejor cosas como la carga de trabajo.

Nada de esto hubiera sido posible sin la intervención de dos profesoras mujeres increíbles que, desde su liderazgo feminista, crearon este vínculo afectivo y efectivo, partiendo de la colaboración, la empatía y la autenticidad que nos llevó a sentirnos acompañadas en todo momento mientras aprendíamos y nos aventurábamos a esta introspección tan profunda y a esta nueva postura política y personal del sistema penitenciario de México, de Jalisco, de la injusticia social y, en general, de nuestra forma de ver la vida. Agradezco cada segundo que he compartido con ellas, pues sé que me han enseñado mucho y aún tengo mucho por aprenderles.

Referencias bibliográficas

- AHMED, S. (2015). La contingencia del dolor. En S. Ahmed (Ed.), *La política cultural de las emociones* (1.ª ed., pp. 47-76). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Asociación Profesional de Mediación Artística (2007). *Mediación artística*. Apmart. <https://www.mediacionartistica.com/>
- BAUTISTA SANTOS, S. P. (2018). Arte como mecanismo de autoconocimiento frente a la violencia ejercida sobre el cuerpo femenino, en el contexto colombiano. En *Como bálsamo de Fierabrás: Cultura en tiempos y territorios en conflicto* (pp. 290-303). Universidad de Pamplona.
- FOUCAULT, M. (1975). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo Veintiuno.
- GLOSS, D. (2022). Defensa del territorio y disrupción del apego al lugar: El caso El Salto y Juanacatlán, Jalisco. En A. Poma & T. Gravante (Coords.), *Emociones y medio ambiente*. UNAM.
- GOFFMAN, E. (2012). Sobre las características de las instituciones totales. En E. Goffman (Ed.), *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales* (pp. 11-54). Amorrortu Editores.
- GUTIÉRREZ, P. (2020). Masculinidad, emociones y delitos de alto impacto: Un estudio sociológico sobre hombres jóvenes privados de la libertad en Jalisco. En J. P. Ramírez Rodríguez (Ed.), *Hombres, masculinidades, emociones* (1.ª ed., pp. 47-72). Página Seis.
- HARDING, S. (2004). ¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el punto de vista feminista. *Hypatia: A Journal of Feminist Philosophy*, 19(1), 25-47.
- MACLEOD, M., y Bastian Duarte, Á. I. (2019). Comunidades emocionales, violencia y «fosas clandestinas»: Solidaridad en Tetelcingo, Morelos, México. *Estudios Latinoamericanos*, 43, 99-116.
- MORENO, A. (2016). *La mediación artística: Arte para la transformación social, la inclusión social y el desarrollo comunitario*. Octaedro.

- PARRINI ROSES, R. (2007). Almas dóciles: Configuración de la masculinidad. En R. Parrini Roses (Ed.), *Panópticos y laberintos: Subjetivación, deseo y corporalidad en una cárcel de hombres* (1.ª ed., pp. 139-205). El Colegio de México A.C.
- VALENCIA, S. (2016). Necropolítica. En *Capitalismo gore: Control económico, violencia y narcopoder* (pp. 139-154). Paidós.